

# Lo que está todavía por hacer en América:

## Crítica al Pensamiento Bolivariano desde el Discurso Salvaje

**Jorge Redondo Flames**  
CENDITEL  
jredondo@cenditel.gob.ve

Recibido: 14-10-2015; Aceptado: 12-11-2015

Pág: 99 - 113

**RESUMEN-** Intentaremos complementar los dos Bolívar contrastados por Francisco Pividal (Pividal, 1979. p. 9) con las impresiones sobre la figura de Bolívar expuestas en el discurso “En recuerdo y respeto por el Héroe nacional” del maestro José Manuel Briceño Guerrero (Briceño, 1983). De este modo quisiéramos enriquecer el enfoque histórico de Pividal con el enfoque interpretativo de Briceño Guerrero. Además usaremos como transfondo literario-filosófico el Discurso Salvaje (Briceño, 1993. p. 258) en cuyo marco haremos mención breve de los sucesos acaecidos en Venezuela en el año de 1814. El interés se concentrará finalmente en el modo como se aborda la oposición entre Bolívar y Boves en la historiografía oficial venezolana en general y, particularmente, en la educación formal. Así pretendemos avanzar en la comprensión del sujeto socio-político latinoamericano, única piedra fundacional posible para el ideal bolivariano de unidad y emancipación.

**Palabras Clave:** Bolívar, Discurso Salvaje, 1814, Boves, Sujeto socio-político latinoamericano.

## **1. Introducción:** Bolívar europeo vs. Bolívar latinoamericano

Francisco Pividal revela con precisión histórica la existencia de una doctrina bolivariana anti-imperialista que opone radicalmente al perfil heroico de la figura de Bolívar que domina el discurso oficial de la institucionalidad post-independentista en buena parte de Latinoamérica, especialmente en Venezuela. Para acometer esta tarea Pividal comienza buscando los filones histórico-culturales de la distinción entre unos y otros: los españoles y los criollos, los mantuanos y las castas, los opresores y los oprimidos.

De acuerdo con Pividal: “Cuando Martí afirma: ‘El primer hijo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fue un rebelde’ está (...) apuntando también al nacimiento de la primera distinción política entre unos y otros: o se era español o se era criollo”. En función de perfilar mejor esta primera distinción, Pividal destaca cómo, en el “recuento de los atropellos y de la explotación que la Metrópoli llevaba a cabo en Hispanoamérica” que hace Juan Pablo de Viscardo y Guzmán, destaca además la preocupación por el tema económico: “El Gobierno obliga a comprar lo que necesitamos a los precios más altos, y vender nuestras producciones a los precios más bajos.” La referencia que hace Pividal a la opinión de Bolívar en su “Carta de Jamacia” reafirma la distinción social y económica: “Los americanos [...] no ocupan otro lugar que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores...” (Pividal, 1979. p. 17-23)

De esta escueta primera distinción se derivan al menos dos posibilidades de interpretar el pensamiento y la acción de Bolívar. La diferencia radica precisamente en la distancia que guardan sendas interpretaciones con estas categorías sociales y económicas prefiguradas. Una de ellas se refiere a lo que Pividal denomina “el Bolívar mantuano”, en cierta medida cómplice de la perpetuación en manos matuanas de la estructura de opresión colonial; la otra, al “Bolívar revolucionario” que, en palabras de Pividal, “todos llevan en el corazón, aquel que consagró el Congreso de Panamá a defender a las masas empobrecidas de ‘nuestra América’...” (Pividal, 1979. p. 9, 10).

De acuerdo con Pividal, “no queda duda alguna que el cambio comienza tan pronto el Libertador analiza en sendos documentos las causas del fracaso de la Primera y Segunda Repúblicas. En ambas, la ausencia del pueblo venezolano y el espíritu de conciliación que permea a los mantuanos, se le evidencian objetivamente.” Esta última cita de Pividal da la idea de que estos dos Bolívar se suceden en un orden estrictamente cronológico. Ciertamente, en estos documentos Bolívar muestra un cambio de apreciación en el que se relaja hasta cierto punto su perspectiva inicial marcadamente eurocéntrica y por tanto muy afín a los intereses mantuanos. No obstante, en nuestro criterio es posible apreciar en los mismos documentos<sup>20</sup> cómo persisten en las opiniones del Libertador dos perspectivas en conflicto: por un lado, la identificación eurocéntrica; por el otro, una posible identificación más propiamente latinoamericana.

---

<sup>20</sup>En particular, El Manifiesto de Cartagena, El Manifiesto de Carúpano y La Carta de Jamaica.

Nos proponemos pues la tarea de esbozar estas perspectivas intentando comprender la figura del Libertador desde una interpretación discursiva-filosófica alternativa al tradicional enfoque eurocéntrico, que procura ser latinoamericana y cuya expresión ejemplar la encontramos en el *Discurso Salvaje* del maestro José Manuel Briceño Guerrero (Briceño, 1993. p. 258). De este modo intentamos complementar el enfoque histórico de Pividal con el enfoque interpretativo de Briceño Guerrero en función de avanzar en la comprensión del sujeto socio-cultural latinoamericano a partir del cual adquiere sentido el proyecto bolivariano de emancipación.

## **2. Los discursos oficiales, el fantasma de Bolívar y “el pueblo”:** la doctrina bolivariana interpretada desde la identificación eurocéntrica de América.

La institucionalidad republicana en Latinoamérica reconoce en su discurso oficial que mucho queda por hacer en estas tierras, asociando recurrentemente sus perspectivas de futuro a la figura paternal de Simón Bolívar. Al menos en el caso venezolano se ha hecho rutinaria la exaltación de “la figura del Padre de la Patria en sus innegables méritos militares y civiles [...] dejando resonar largamente su verbo de admonición para alimentar la esperanza de días mejores...”. La ironía con la que el maestro se refiere a este modo instrumental de discurrir en torno a “la figura del Padre de la Patria” denota su inquietud por mostrar una doctrina bolivariana más bien adicta a “las posibilidades de la libertad creadora” por contraste con ese “ámbito político, administrativo, burocrático, estatal [...] ciego y sordo” de la institucionalidad latinoamericana post-independentista (Briceño, 1983).

Para Briceño Guerrero “la figura del Padre de la Patria” ciertamente condensa el ideal del hombre excepcional, del individuo que logra reunir la situación histórica, las circunstancias inmediatas y el “corazón colectivo”, y que así se proyecta al porvenir produciendo nuevas “hechuras y hazañas” para enfretar “las nuevas circunstancias históricas”. Sin embargo, la esclerosis de los discursos oficiales atrapa la figura de Bolívar en la trampa de una certeza incuestionada acerca de la constitución de ese sujeto colectivo, “el pueblo”, que histórica y recurrentemente, se supone, ha requerido de la grandeza excepcional de un individuo. De esta certeza incuestionada, de este frecuente silenciamiento deliberado, la institucionalidad de nuestras repúblicas termina exponiendo una figura de Bolívar “tan carcomida y precaria [...] que no puede albergar adecuadamente el recuerdo del héroe aunque lo alimente con incesantes estatuas, coronas, discursos, títulos, homenajes, ceremonias” (Briceño, 1983).

Bajo la sombra precaria de este Bolívar institucional, en el cual coinciden Pividal y Briceño, lo que en latinoamérica *está por hacer* queda más o menos claro a diestra y siniestra: quienes tripulen la nave institucional deben virar, de una vez y por todas, hacia la *racionalidad* del ideal bolivariano y rectificar su trayectoria para satisfacer las necesidades del “pueblo”, despojándose definitivamente de su lastre *tradicional* de complicidades con los poderes neo-coloniales y sus testaferreros locales, abriendo una vez más a la iniciativa popular las puertas del *desarrollo*<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup>En nuestro criterio, este es el discurso oficial de todos los gobiernos democráticos desde la cuarta república hasta el presente, con una única excepción: la propuesta del Estado Comunal

El camino consiste, ya por la derecha ya por la izquierda, en ajustar la maquinaria institucional de acuerdo con un determinado modelo social-político-económico, el cual se identifica con cierto “ideal bolivariano” y con una idea de “pueblo” tan versátiles que devienen ornamentales. Poca atención se presta a la relación concreta entre el modelo y el modelado. En definitiva, el sujeto encargado de ejecutar el susodicho proyecto de la Patria de Bolívar, el caudillo de turno, se personifica una y otra vez como el reflejo hueco del prócer ilustrado: *un cruzado de la razón contra la tradición*. Y con esta expresión indicamos al mismo tiempo tanto la identificación de este sujeto con la *Europa segunda* –“razón contra tradición”– como su afán de conquista y dominación tan propio de la *Europa primera* –“un cruzado”– (Briceño, 1993).

Para los diestros no cabe dudas acerca del instrumento teórico ideal: “El momento llegó en que la economía alcanzó el desarrollo y la difusión necesaria para dirigir al mundo como ciencia que no está al alcance de cualquiera...” (Hueck, 2006. p. 15) Tampoco para los siniestros hay demasiadas dudas: “El soma adecuado para la razón segunda es el sistema socialista porque sólo él permite la realización de los valores asociados al desarrollo del conocimiento segundo y su aplicación técnica. Sólo en él pueden todos los hombres acceder a los bienes del progreso y la modernidad.” (Briceño, 1993. p. 69)

Por cualquier camino los resultados parecen más o menos obvios: “Solo si rescatamos para nosotros el imperio del cual formamos parte, dejaremos de proyectarnos como hombres de segunda clase y comprenderemos que tenemos una vocación de dominio momentáneamente dormida, pero que puede ser actualizada y dirigida por menos desesperanzadores caminos.” No habría poder, se dice, que pueda contra el empuje bolivariano de tal iniciativa: “Venezuela puede conquistar el futuro ahora.” (Hueck, 2006. p. 200)

Desafortunadamente en el marco de esta *identificación eurocéntrica* el optimismo se disuelve al constatar que “el pueblo” que pisa estas tierras no captura bien la señal pavloviana del monigote ilustrado. “Este pueblo, esta gente” (Briceño, 1993. p. 262) resulta ser un sujeto social enfermo incapaz para el quehacer político, demasiado vulnerable ante cualquier aspirante a timonel ataviado con modernos discursos y siempre presto a lucir ante cualquier auditorio la hueca verborrea bolivariana.

Cuando buena parte de la intelectualidad venezolana intenta precisar la situación general del pueblo venezolano suele terminar por medios *europesos segundos* en su condición discapacitada. Ejemplos concretos y elocuentes son “Los Viajeros de Indias” (Herrera, 1991) o “El Síndrome de Bolívar” (Hueck, 2006). Discursos afines a la medicina-biología o a la economía son en estos dos casos, respectivamente, los cedazos técnicos-teóricos que pezcán de la complejidad venezolana los elementos fácticos que supuestamente prueban dicha condición. En general, el diagnóstico tiene lugar común en una condición intra o inter-subjetiva que influye delirios de grandeza heroica y al mismo tiempo sabotea sistemáticamente toda iniciativa de desarrollo, teniendo como resultado una alta conflictividad social de la cual sólo puede sacar buen provecho la demagogia y el populismo.

Sólo queda una solución: *la tiranía de los expertos* (Easterly, 2013).

“El pueblo” queda despojado de la posibilidad de constituirse como el sujeto social capaz de propugnar los ideales del Libertador, o cualquier otros ideales, en el escenario político y económico actual. Por el lado derecho del espectro ideológico-político eurocéntrico, generalmente esta condición nos inhabilita para el ejercicio apropiado del régimen democrático y por tanto sólo conviene al gobernante de turno y sus ilegítimos y excluyentes beneficiarios. “La responsabilidad recae sobre todos los venezolanos, ya sea por acción o por omisión, al permitir que estos hombres condujeran a la sociedad venezolana (...) Sólo la triste realidad podrá hacer reaccionar a las masas. Por instinto, no por convencimiento. La pregunta es cuánto tiempo adicional necesitaremos. Medio siglo de equivocaciones no han sido suficientes” (Hueck, 2006. p. 214). Por el lado izquierdo, un tanto más cercano al quid del problema que nos ocupa, es decir, a la posibilidad de desentrañar la esencia del sujeto latinoamericano, la frustración adquiere al menos la forma de preguntas desconcertantes, las cuales, no obstante, abren el camino hacia renovados intentos dirigidos hacia los mismos propósitos modernizantes: “¿Habrá acaso [...] una teoría no verbalizada, ni siqueira pensada tal vez, pero implícita en la idiosincracia de estos pueblos, poderosamente activa en las estructuras de la conducta colectiva, inconsciente como la gramaticidad de los no ilustrados, vasta, que recibe la nuestra, la digiere, la asimila? Pero por este camino no podemos sino desvariar; lo correcto es reconocer que no hemos estudiado y no conocemos por tanto profundamente la realidad que queremos ayudar a cambiar (...) Conocerla mejor para manipularla mejor y asimilarla adecuándola al gran proyecto de cambio hacia el progreso, la modernidad, el desarrollo.” (Briceño, 1993. p. 72-75)

En el marco de estas conjeturas, pocos se atreven a buscar una explicación más profunda, más racional, si se quiere, a esta aparente ineptitud o inaptitud colectiva. Demasiados se conforman con esa suerte de explicación esotérica que es nuestra identificación maliciosa con la figura del Padre de la Patria. Afortunadamente, este marcado pesimismo acerca de las capacidades de nuestro sujeto social, desde nuestra perspectiva, supone cuestiones incorrectas cuyo discernimiento exige más que el enfoque meramente histórico. Ciertamente el estudio de Pividal acerca de las raíces del pensamiento bolivariano anti-imperialista nos sirven de trasfondo innegable, de realidad objetiva para nuestra búsqueda, pero requiere del complemento articulador de una reflexión crítica sobre la relación entre el pensamiento y la acción de cara al porvenir.

## **2.1 La figura del Padre de la Patria y el conocimiento europeo segundo: consecuencias de la política asumida como ciencia moderna**

Nuestra historia por el camino de la democracia evidencia la traición sistemática al ideal bolivariano de unidad y emancipación por parte de un poder político que “[...] se asumió como reparto y rapiña, erigido sobre el desvencijado aparato institucional de la colonia española, apuntalado por instituciones emprastadas de la Europa segunda.” Considerando la noción de patria como el ideal de organización colectiva en ámbitos nacionales, nuestra situación presente es lapidaria. Ni

Venezuela ni ninguna de las repúblicas latinoamericanas realiza el correlato geo-político de esa abstracción llamada la Patria de Bolívar. “Venezuela por no ser más colonia española da testimonio de la gran victoria de Bolívar, pero por ser estado separado de la Gran Colombia da testimonio del gran fracaso de Bolívar (...) Simón Bolívar no es el Padre de la Patria [...] Venezuela no es una patria” (Briceño, 1983).

Es cierto que logramos aprehender con sinceridad una cierta faceta del Libertador que “habita en ese nivel del psiquismo colectivo donde anida la presencia innominada de Bolívar[...]”, de un modo no estructurado, y quizás, al menos por ahora, no estructurable. Pero paralelamente repetimos el “culto rigurosamente farisaico, que no guarda ninguna relación de continuidad con el nivel fundamental[...]” (Briceño, 1983), lo cual requiere de cierta destreza discursiva para el manejo en abstracto de los ideales ilustrados representados por la figura de Bolívar. Ciertamente, la figura del Padre de la Patria se ha convertido en una suerte de trampa ideológica que nos somete a un estado de alienación en relación con el ejercicio del poder político. Aquellos que enarbolen el estandarte de Bolívar serán tanto más sospechosos de fariseos cuanto más efusivamente lo hagan, y aquellos que no lo hagan lo serán por traición o al menos por descuido imperdonable ante nuestra profunda raigambre bolivariana, tanto más cuanto más ausente de sus discursos se encuentre la figura del Libertador.

¿Cuáles han sido las causas de esta esquizofrenia institucionalizada que delira con la figura de Bolívar?

Esta disociación entre el “culto farisaico” y el “nivel fundamental” no es resultado de un modo esotérico de deambular la figura de Bolívar por las cortes celestiales que rigen nuestro pensamiento colectivo. Más bien da cuenta de nuestra relación como sujeto socio-político con las abstracciones desde las cuales suele hacerse inteligible el discurso de Bolívar y que permea toda nuestra institucionalidad republicana: la concepción positivista de la modernidad europea.

En general, las reformas sociales positivistas-modernas se conciben y realizan a partir de los *principios de eficiencia y economía* en el uso de los medios disponibles para lograr fines determinados o determinables. Los “fines determinados o determinables” que pueden entrar en consideración en estas reformas sociales son *exclusivamente* aquellos que puedan ser formulados en términos que permitan medir *objetivamente* la eficiencia y la economía en el uso de los medios correspondientes. De otro modo se violarían las fronteras de un enfoque realmente positivista-moderno: cualquier fin cuya pertinencia requiera de alguna forma de *valoración subjetiva*, más allá de la posibilidad objetiva de lograrlo eficientemente, queda descartado como *dogmático* (Habermas, 1963).

El dominio epistemológico de la *medida objetiva* sobre la *valoración subjetiva* tuvo su justificación histórica y sus favores innegables en la lucha moderna contra los poderes opresores establecidos en Europa desde principios de la Edad Media. No obstante, especialmente después de la radicalización decimonómica del positivismo, este enfoque ha mostrado implicaciones sociales nefastas: el fin hacia el cual se orienta determinada reforma social es esencialmente extraño a

la discusión valorativa por parte del sujeto político-social que funge como objeto de la misma; basta únicamente el visto bueno del grupo de expertos que domina el juego teórico que reduce a medidas objetivas los fenómenos sociales correspondientes. En este contexto, encontramos que la política, pretendiendo ser ciencia moderna, calca los mismos métodos mecanicistas, cuantitativos, manipulatorios de la física newtoniana.

La configuración socio-política de una nación orientada en general por estas formas propias del *conocimiento europeo segundo* adopta indefectiblemente una estructura de poder estrictamente vertical, la institucionalidad del Estado-Corporación, en la que las expectativas y los padecimientos de los estratos sociales ubicados en el fondo de esa estructura se reducen a cantidades que pueden y deben ser medidas y manipuladas en función de fines igualmente cuantitativos, los cuales –he aquí el problema– escapan de la comprensión de esos estratos “inferiores” que indefectiblemente terminan siendo los dominados (Easterly, 2013).

Como muestra paradigmática de la preponderancia del enfoque moderno-positivista y de sus consecuencias en la discusión de los asuntos públicos, considérese la discusión entre capitalistas y socialistas. Cada uno señala en el otro el modo como se trasluce en sus propuestas políticas y económicas una estructura de poder jerarquizada a disposición de una élite opresora, sin que tal cosa pueda apreciarse objetivamente en las formalidades del modelo criticado. Las réplicas, de lado y lado, suelen remitirse a los supuestos axiomáticos que sustentan la coherencia técnica intrínseca, abstracta del modelo defendido: la libertad de mercado, la conciencia revolucionaria. No hay modo de articular efectivamente la discusión acerca de la relación del modelo con el sujeto social modelado porque esta articulación entraría en el terreno inestable de las *valoraciones subjetivas*.

La disociación moderna entre el sujeto social y el modelo económico-político obviamente se hace aún más aguda en el caso de que la sociedad correspondiente se muestre, generación tras generación, sistemáticamente incompatible con los procesos educativos de la *Europa segunda*, cual es el caso de los pueblos latinoamericanos. La atrofia del criterio histórico-político necesario para una valoración apropiada de las reformas sociales tan propia de las sociedades industrializadas adquiere visos patológicos cuando las clases dominantes en los países latinoamericanos insisten sin pudor –haciendo uso de los sistemas de educación formal, los medios de comunicación, y cuanto está a su alcance, que es bastante– en legitimar la gestión de los asuntos “públicos” como continuación de la gesta independentista, típicamente moderna, de nuestros próceres ilustrados.

En Latinoamérica, el ejercicio del poder por medio de las “instituciones empretadas de la Europa segunda” tiene así dos consecuencias graves: Primero, la acumulación en pocas personas del poder político y de sus beneficios derivados, más aún cuando estas instituciones sustituyeron armoniosamente “el desvencijado aparato institucional de la colonia española” (Briceño, 1983). Segundo, la alieación social en relación con la gestión de los asuntos públicos y por tanto en relación con la cotidianidad más inmediata.

Ahora bien, comienza a hacerse claro que la organización popular para la gestión de los asuntos públicos, contraria a la acumulación oligárquica o plutocrática y a la alienación política, supone una enfoque radicalmente distinto al enfoque moderno-ilustrado. Por contraste con la *política cientificista*, los planes de acción en el contexto de una política nacional liberadora deben entonces obedecer a fines comprendidos cabalmente y valorados conscientemente por la mayoría de las personas involucradas, lo cual supone una relación estrecha entre el imaginario colectivo y las acciones de sus integrantes, lo cual a su vez implica la reconsideración de la importancia de la *discusión valorativa-subjetiva*.

En este contexto de cambio paradigmático, queda claro que “en Venezuela existen, como en el resto del mundo, dos políticas: una revolucionaria y otra reaccionaria. La primera significa, en nuestro caso, la liberación anti-imperialista y anti-feudal, el progreso social y el desarrollo económico; la otra, colonización, opresión, atraso, tiranía, miseria[. . .]” (Ojeda, 2006. p. 23). Habiendo descrito muy gruesamente los principios de la *política europea segunda* desde la cual se hace inteligible la figura de Bolívar, al menos hagamos referencia a la posibilidad de un modo distinto de comprender al Libertador y su proyecto emancipador. Ese intento nos ubicará necesariamente en una perspectiva subjetiva distinta a la del *europeo segundo en América*. Tal vez este otro modo de comprender nuestra identidad bolivariana arroje luces sobre esa otra política alternativa, efectivamente liberadora.

### **3. El sujeto latinoamericano:** el pensamiento bolivariano interpretado desde el Discurso Salvaje

La suerte de la figura del Padre de la Patria en los discursos oficiales da cuenta de hasta qué punto la cuestión sobre Bolívar y la identidad del pueblo latinoamericano se confunde fácilmente con la charlatanería frecuentemente asociada a la demagogia y el populismo. Ciertamente es un riesgo que debemos valorar.

Vale notar cómo este riesgo está favorecido por un sector *nuestro*, muy cercano a la identidad europea, que no estima apropiadamente el intento de conocer(nos) para consolidar una identidad más amplia, más propia y menos dolorosa que la del europeo segundo en América y no para confirmar las mismas verdades parciales y parcializadas que un día estarán a nuestro alcance y que nuestros congéneres de las sociedades industrializadas, más evolucionados, siempre conocerán primero que nosotros y siempre que puedan nos negarán. A esto debemos oponer que casi siempre la discapacidad ocurre por flojera. El *seguidismo*<sup>22</sup> es una suerte de meta-incapacidad. De allí que, en este caso, lo menos riesgoso será al final enfrentar el riesgo.

En este sentido, el esfuerzo de esta búsqueda actualizada consiste, por nuestra parte, en sacar el tema sobre Bolívar del discurso exclusivamente europeo y acaso exponerlo a influjos discursivos alternativos. Cíclicamente ocurren los tiempos en los que se comunican subversivamente ámbitos

---

<sup>22</sup>En el sentido de Oscar Varsavsky.

espirituales originalmente extraños, tiempos de conflicto en los que se fracturan antiguas barreras que distanciaban los opuestos. Tiempos de convivencia más ruda, tal vez, pero espiritualmente más satisfactorios. Tiempos en los que respira un nuevo ser colectivo por las heridas del imperio de la costumbre y la obediencia. Tal vez así, exponiendo el tema en cuestión a una luz nueva, el esfuerzo intelectual dedicado a exponer la supuesta falta de objetividad de ésta y otras cuestiones fundamentales cooperará más bien para el fortalecimiento del tino imprescindible en la formulación de las preguntas y, en menor grado, de las respuestas. Tal vez así abanonaremos el fútil oficio de pulir perennemente los instrumentos del conocimiento obviando lo más importante, su razón de ser, aquello que puede y debe ser conocido –lo cual, dicho sea de paso, no siempre resulta ser un “objeto”–.

Entonces, ¿qué o quién pretendemos conocer?

Para enfatizar nuestro interés en un enfoque alternativo al elogio divinizador de la figura de Bolívar, de corte eurocéntrico, podríamos comenzar intentando responder algunas preguntas si se quiere inusuales en este contexto: ¿quién derrotó a Bolívar? Más aún, ¿de qué forma él mismo da cuenta de las victorias de sus adversarios? Bolívar mismo tuvo dificultades para responder cabalmente. Sus respuestas oscilan entre la decepción frente a la *Europa segunda* y la incapacidad del pueblo latinoamericano. Por un lado, dice Bolívar: “¿Y la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad, permite que una vieja serpiente, por sólo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte de nuestro globo? ¡Qué! ¿Está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ya ojos para ver la justicia? ¿Tanto se ha endurecido, para ser de este modo insensible? Estas cuestiones, cuanto más lo medito, más me confunden[. . .]” (Carta de Jamaica) Por el otro lado, dice el Libertador: “No es justo destruir los hombres que no quieren ser libres, ni es libertad la que se goza bajo el imperio de las armas contra la opinión de seres fanáticos cuya depravación de espíritu les hace amar las cadenas como los vínculos sociales” (Manifiesto de Carúpano).

El pensamiento de Bolívar de algún modo da cuenta del agotamiento del discurso europeo segundo en América. En relación con la constitución del sujeto colectivo latinoamericano, la respuesta de Bolívar quedó atrapada en la suposición de que el hombre latinoamericano tendría primero que alcanzar cierto estado de perfección cuya forma concreta estaba determinada por los principios del proyecto ilustrado. El problema no era cuál forma tendría ese hombre –el latinoamericano del futuro sería, por supuesto, un hombre ilustrado– sino la inaptitud del latinoamericano *actual* ante esa forma ilustrada que más adelante constituiría su esencia. Por ejemplo, desde la perspectiva de Bolívar los llaneros de Boves preferían la esclavitud a la libertad porque su estado semisalvaje así se lo imponía. Cabría preguntarse: ¿acaso no habría allí también, en ese gran colectivo que logró agrupar Boves y dirigir hacia fines bien establecidos, una *razón* tan poderosa como la europea o cualquier otra del orbe? ¿Acaso los hombres y mujeres de Boves no luchaban también por su libertad, entendida obviamente en sus propios términos? No, para Bolívar estas pregunta eran simplemente inconcebibles.

Como lo ha mostrado Briceño Guerrero en su *Discurso Salvaje*, la tozudez universalizante de los impulsores de la *Europa segunda* en América conlleva el lastre de una *queja* mimetizada

con la aparentemente exclusiva *identidad europea segunda*. Cualquier *verdad europea segunda* promulgada sobre el sujeto latinoamericano encierra la incómoda queja por “este pueblo, esta gente” como verdad axiomática del correspondiente análisis socio-político. Se acepta el dolor propio o el de cualquiera con la esperanza de que sea un *daño colateral* del progreso de la única *razón* concebible.

Pero esta queja eurocéntrica fundamental empuja involuntariamente la revelación de una alteridad que se muestra sin embargo ante aquellos interesados en la búsqueda del conocimiento verdadero. Su eclosión en nuestra conciencia dependerá de la posibilidad de darle forma a esa alteridad en lugar de ignorarla.

Entonces, volviendo al presente, ¿la figura tradicional del Libertador, sola ella, concentra todas las posibilidades de identidad del ser latinoamericano? ¿Acaso la comprensión del ser latinoamericano no requiere de una figura complementaria, una suerte de *prócer salvaje*? ¿Una alteridad que haga contrapeso a la queja perenne por *este pueblo, esta gente* y que por tanto reafirme su identidad sospechoza? Proponemos pues el estudio de la extraña figura de José Tomás Boves como ese contrapeso posiblemente revelador.

### **3.1 Boves y Bolívar:** el sujeto de la Rebelión popular de 1814.

Iniciamos esta disertación partiendo de la escueta distinción social y económica de Vizcardo y Guzman: opresores y oprimidos. Aquella primera distinción nos sirve para indicar el grupo que ejerce el poder opresor y la naturaleza de ese poder: primero los europeos peninsulares oprimiendo a los mestizos por medio del aparato colonial, luego los europeos criollos oprimiendo a los mestizos por medio del aparato institucional republicano. En general, se trata, una vez más, de la dominación de la identidad europea en América ejercida desde “el desvencijado aparato institucional de la colonia española, apuntalado por instituciones emprastadas de la Europa segunda” (Briceño, 1983).

Nótese que esta distinción es más general que la más reciente distinción entre capitalismo y socialismo, en la cual tiende a desaparecer la discusión concreta sobre las posibilidades de emancipación del pueblo latinoamericano. En su entendimiento usual, los modelos económicos y políticos del socialismo y del capitalismo, por igual, se implementan necesariamente sobre la misma estructura de poder *europea segunda*, dando lugar indistintamente, como ya hemos dicho, a una estructura jerarquizada en la que los de abajo resultan ser indefectiblemente los oprimidos<sup>23</sup>. En definitiva, la distinción entre capitalistas y socialistas, típica distinción política en los esquemas de conocimiento *europeo segundo*, será insuficiente para dar cuenta del problema radical del ejercicio del poder en Latinoamérica y del sujeto socio-político correspondiente. Las posibilidades de emancipación efectiva y sostenida tal vez dependerán de las posibilidades de transgredir, buscando complementariedad, los límites del conocimiento *europeo segundo*.

<sup>23</sup>Vale la pena notar que, en el caso venezolano, si bien se ha optado, al menos en el discurso, por el socialismo, existe una propuesta de fondo que tiende a distanciarse de las formas usuales del modelo del Estado socialista: el Estado Comunal.

En este sentido, las dimensiones sociales y políticas que se abren en el contraste entre Boves y Bolívar implican modos distintos de organización social y de estructuración de las relaciones de poder que no necesariamente tienen que ver con las disyuntivas entre capitalismo y socialismo. El contraste entre estas dos figuras nos sirve para comprender nuestra realidad venezolana de un modo distinto, tal vez más acertado, al derivado de los contrastes, digamos, entre Marx y Mill.

Veamos:

La oficialidad patriota era una oficialidad brillante, salida en su mayor parte de las filas del mantuanismo. No consideraban a sus tropas como iguales a ellos, sino con una cierta condescendencia de señor a inferior, pues la mayor parte de aquellos heroicos militares no habían hecho otra cosa que cambiar un mando por el otro, el de sus haciendas por el ejército. Predicaban justicia y libertad metafísica, derechos de papel que aquellos soldados no comprendían. Hablaban de Venezuela y de la República en términos que eran extraños para aquellos oídos cerreros[. ..]

En cambio, al frente de los enemigos marchaba Boves, sin maneras y sin uniforme, medio desnudo, con la lanza en la mano. No hablando a sus hombres de libertades teóricas y de difícil comprensión, sino en su propio lenguaje, predicando el odio a los blancos y a los ricos, repartiendo las riquezas y permitiendo el desenfreno más total. Eran, pues, estos dos ejércitos los más antagonistas que se podían encontrar (Üslar, 1962. p. 95).

Bolívar observa en Boves el salvaje arquetípico. Pero la condición de salvaje en la concepción de Bolívar no es sino atraso en el progreso y no esencial oposición a Occidente, como intenta mostrarlo Briceño Guerrero en su *Discurso Salvaje*. Bolívar es, mejor dicho, el *européo segundo* en América arquetípico que niega cualquier posibilidad de una tal oposición esencial a Occidente y que en el campo de batalla, frente a sus ojos y de modos diversos, Boves sospechosamente realiza. Sin dudas Boves fue capaz de capturar en la acción frente al enemigo y en la comunicación íntima con su tropa, una suerte de razón salvaje: comunicación íntima con el colectivo y efectividad militar dan cuenta en Boves, y por su medio en la gente de su ejército, de una racionalidad importante, capaz de analizar terrenos, escenarios, de tomar decisiones muy precisas, de comprender y canalizar sentimientos, gestos, miradas hacia fines determinados o determinables.

En Boves se dibuja un estrato social venezolano muy poco o nada estudiado y bastante incomprendido. Considérese de paso que Boves, antes de convertirse en “realista”, también pensó en su momento que la gesta independentista traería la libertad de sus más cercanos congéneres, esa clase oprimida que comenzó a mostrar Viscardo y Guzmán.

Por su parte, Boves observa en Bolívar al mantuano arquetípico que es simplemente el europeo avaro, manipulador, hipócritamente ilustrado. Boves es, mejor dicho, un salvaje en el sentido de que

insiste en negar cualquier posibilidad de una tal condición *europaea segunda* honesta, sin soterrados intereses, y que Bolívar –lo mostraría la historia– realiza para nosotros los latinoamericanos. Comunicación espiritual y efectividad militar dan cuenta en Bolívar, y por su medio en nosotros, su pueblo, de una racionalidad importante, capaz de analizar terrenos, escenarios, de tomar decisiones muy precisas, de comprender y canalizar sentimientos, gestos, miradas hacia fines determinados o determinables.

En Bolívar, en su presencia innominada (Briceño, 1983), se dibuja un estrato social venezolano muy poco o nada estudiado y bastante incomprendido. Recuérdese además que Bolívar también pensó en su momento que la gesta independentista traería la libertad de sus más considerados congéneres, esa clase oprimida que comenzó a mostrar Viscardo y Guzmán.

En fin, la desproporción entre nuestra extrañeza hacia Boves y nuestra adoración por Bolívar está claramente inducida por una perspectiva eurocéntrica en América:

“Por eso es injusto callar la Rebelión del catorce. No solamente en lo que respecta al interés social que significa tal movimiento, sino porque es necesario destacar que los triunfadores de La Puerta, la Villa de Aragua, San Marcos y Urica fueron tan venezolanos como los de Carabobo, Vígirimas, Araure y San Mateo. La rebelión es un hecho venezolano, provocado por condiciones extrañas a nuestra verdadera conciencia nacional, tal como fue el clasicismo colonial. Pero nunca por estar aquellos sangrientos lanceros en contra de la patria que les vio nacer. Los hombres de Bolívar y los de Boves luchaban regando generosamente su sangre por ideales que, aparentemente distintos, convergían en la libertad.” (Üslar, 1962)

#### **4. Breves conclusiones**

“Bolívar [...] simbolizado en la frialdad estatuaria del mármol o del bronce” tiene su contraste maniqueo en la figura bestializada de Boves. La interpretación de la figura de Boves en la historiografía oficial venezolana es absolutamente opuesta a la idealizada figura del Padre de la Patria. José Tomás Boves es el anti-heroe de nuestra historia patria. Tómese como ejemplo nuestra educación formal-institucional, en donde la figura de Boves es poco menos que la encarnación de todos los males, satán en persona, siempre cubierto de oscuridad, atraso, paganismo, terror y desprecio; habiendo sido adorado, sin embargo, por las mismas gentes que más tarde acompañaron las victorias Bolívar hasta los confines del continente.

Desde las edades más tempranas, se les enseña a nuestros jóvenes venezolanos a odiar a Boves y adorar a Bolívar, aún cuando ambas figuras se erigen sobre el mismo sujeto colectivo: los ancestros de los mismos rostros que aún hoy continúan oprimidos por un poder “apuntalado por instituciones emprastadas a la Europa segunda.” Bolívar intentaba consolidar nuestra patria mientras que Boves, se dice, intentaba mantenerla bajo el yugo español. Sin embargo, las “turbas revolucionarias” que un

día, bajo el mando de Boves, lograron derrotar el ejército patriota de Bolívar fueron, en un sentido socio-cultural, las mismas que un día, bajo el mando de Bolívar, liberaron casi toda la cordillera andina de la opresión española. ¿Cómo luciría nuestra historia contada desde la intencionalidad de ese sujeto colectivo victorioso bajo el mando de ambas figuras?

Ante la duda comienza a perfilarse un hecho importante: el sujeto social designado por la historia para terminar de hacer en América lo que Bolívar no pudo se encuentra constreñido en su pensamiento y sus acciones por la forma desajustada e injusta del *conocimiento europeo segundo* y su fracaso como instrumento de concreción de los ideales de justicia y libertad.

“La patria germinal habita en ese nivel del psiquismo colectivo donde anida la presencia innominada de Bolívar, más cerca de su corazón que de sus actos pasados, pero no puede desarrollarse porque el ámbito de su despliegue –la actividad política, el manejo de los asuntos públicos– está ocupado por el culto oficial a Bolívar, un culto rigurosamente farisaico, que no guarda ninguna relación de continuidad con el nivel fundamental, no lo expresa, no lo prolonga, no es su manifestación auténtica, más bien lo oprime y lo pasma permitiéndole participar sólo en la medida en que puede corromperlo y desvirtuarlo mediante la siniestra pedagogía del abyecto juego” (Briceño, 1983). Esta pedagogía desafortunadamente incluye también la educación formal y prácticamente todo el aparato del Estado.

De acuerdo con el maestro, “un país se hace patria cuando construye dentro de sí centros autónomos de autoconocimiento y autocomprensión que iluminen sus centros de acción para integrarse asumiéndose en plenitud, orientarse en el universo y dirigir deliberadamente su conducta; así, esta será no la resultante mecánica de una combinatoria subhumana de fuerzas históricas, sino el producto de decisiones enraizadas en un ámbito de valores espirituales, es decir propiamente humanos.” La posibilidad de eclosión de esa patria germinal depende entonces de la producción colectiva de un nuevo marco de conocimiento teórico-práctico orientado por la posibilidad de ejercer “la actividad política, el manejo de los asuntos públicos” en función de las expectativas y padeceres de la propia nación<sup>24</sup> latinoamericana y evitando las tendencias acumulativas y por tanto opresoras propias del uso exclusivo del *conocimiento europeo segundo*. A propósito de la relación de la figura de Bolívar con el sentir y pensar de las gentes que lo asumieron como encarnación genuina de sus reivindicaciones, Briceño Guerrero nos indica el punto de partida: “El alto centro de pensamiento y afectividad llamado aquí corazón, origen de conocimiento cierto y voluntad eficiente, producirá, si está vivo, nuevos actos –hechuras y hazañas- para enfrentar las nuevas circunstancias históricas.”

El problema que queda planteado es el del conocimiento o, mejor dicho, del auto-conocimiento. Este es un problema que atañe a cualquier ámbito de la esfera pública. Piénsese por ejemplo en lo relacionado con los proyectos públicos de desarrollo científico y tecnológico.

---

<sup>24</sup>Tómese “nación” en el sentido del Discurso Salvaje: “La nación es una persona, el Estado es un aparato.”

## Bibliografía

- [1] BRICEÑO, J. (1983), *En recuerdo y respeto por el Héroe nacional*. (Discurso pronunciado en ocasión de la celebración del Bicentenario del natalicio del Libertador). Palacio de las academias, Caracas, Venezuela. 1983.
- [2] BRICEÑO, J. (1993), *El laberinto de los tres minotauros*. Monte Ávila Editores. Caracas, Venezuela. 1993.
- [3] EASTERLY, W. (2013), *Tyranny of Experts: economists, dictators, and the forgotten rights of the poor*. Basic Books. New York. 2013.
- [4] HABERMAS, J. (1963), *Dogmatism, Reason and Decision: on theory and praxis in our scientific civilization*. Theory and Practice. p. 282.
- [5] HERRERA, F. (1991), *Los viajeros de Indias*. Editorial Pomaire. 1991.
- [6] HUECK, L. (2006), *El síndrome de Bolívar: capitalismo o socialismo, no hay terceras vías*. Editorial Melvin, C.A. Caracas, Venezuela. 2006.
- [7] OJEDA, F. (2006), *La guerra del pueblo*. Editorial “El perro y la Rana”. Caracas, Venezuela. 2006.
- [8] PIVIDAL, F. (1979), *Bolívar: pensamiento precursor del anti-imperialismo*. Editorial Ateneo de Caracas. 1979.
- [9] USLAR, P. (1962), *Historia de la rebelión popular de 1814*. Ediciones EDIME. Caracas, Venezuela. 1962.